

"Pónganse la armadura completa que proviene de Dios"

Efesios 6:11-19



El yelmo de la salvación. El yelmo cubría la cabeza y el cerebro, el asiento del intelecto. Nuestra esperanza cristiana se compara a esta pieza de la armadura, pues nos protege las facultades mentales (1 Tesalonicenses 5:8). Es verdad que mediante el conocimiento exacto de la Palabra de Dios hemos transformado la mente. Sin embargo, esta podría corromperse fácilmente, pues seguimos siendo humanos imperfectos y débiles. Cabe la posibilidad de que las metas de este sistema de cosas nos distraigan y hasta reemplacen la esperanza que Dios nos ha dado (Romanos 7:18; 12:2). El Diablo trató en vano de descarriar a Jesús ofreciéndole “todos los reinos del mundo y su gloria” (Mateo 4:8). Pero este rechazó de plano la oferta, y, como dijo Pablo, “por el gozo que fue puesto delante de él aguantó un madero de tormento, despreciando la vergüenza, y se ha sentado a la diestra del trono de Dios” (Hebreos 12:2).

La coraza de la justicia. La coraza del soldado le protegía un órgano vital, el corazón. Pues bien, el corazón figurado —la persona que somos en nuestro interior— se inclina al mal, de modo que necesita especial protección (Génesis 8:21). Por consiguiente, debemos aprender y llegar a amar las justas normas de Jehová (Salmo 119:97, 105). El amor a la justicia nos impele a rechazar el modo de pensar mundano que hace caso omiso de las claras directrices divinas o rebaja su importancia. Además, amar lo que es recto y odiar lo que es malo impedirá que sigamos cualquier proceder que pueda arruinarnos la vida (Salmo 119:99-101; Amós 5:15). Jesús es ejemplar a este respecto, pues las Escrituras dicen de él: “Amaste la justicia, y odiaste el desafuero” (Hebreos 1:9).

Los lomos ceñidos con la verdad. Los soldados de tiempos bíblicos llevaban un cinturón de cuero de entre 5 y 15 centímetros de ancho. Algunos traductores opinan que el versículo debería decir “con la verdad como cinturón ceñido a su cintura”. El cinturón del soldado le protegía los lomos, o las caderas, y le proporcionaba un apoyo del que colgar la espada. Ajustárselo significaba aprestarse para la batalla. Pablo lo empleó para mostrar cuánto han de influir las Escrituras en nuestra vida. Podría decirse que deben rodearnos apretadamente, a fin de que vivamos en consonancia con la verdad y la defendamos en toda ocasión (Salmo 43:3; 1 Pedro 3:15). Para ello hemos de aplicarnos al estudio meditativo de la Biblia. Jesús tenía la ley de Dios “dentro de [sus] entrañas” (Salmo 40:8). Por esa razón, pudo contestar las preguntas de sus opositores citando de memoria de las Escrituras (Mateo 19:3-6; 22:23-32).

La espada del espíritu. La palabra, o mensaje, de Dios que se encuentra en la Biblia es una eficaz espada de dos filos que derrumba la falsedad religiosa y ayuda a la gente sincera a hallar libertad espiritual (Juan 8:32; Hebreos 4:12). Esta espada espiritual también nos defiende de las tentaciones y los ataques apóstatas que podrían arruinar nuestra fe (2 Corintios 10:4, 5). ¡Qué agradecidos estamos de que ‘toda Escritura esté inspirada por Dios y nos equiepe completamente para toda buena obra!’ (2 Timoteo 3:16, 17.)

El escudo grande de la fe. La palabra griega traducida “escudo grande” define un escudo que cubría casi todo el cuerpo, protegiéndolo de “los proyectiles encendidos” mencionados en Efesios 6:16. En tiempos bíblicos, los soldados usaban dardos hechos de cañas huecas a los que fijaban pequeños receptáculos de hierro en los que ardía un combustible llamado nafta. Un biblista dice que tales proyectiles constituían “una de las armas más peligrosas en las guerras de la antigüedad”. El soldado que careciera de un escudo grande para protegerse de ellos podía resultar muerto o gravemente herido.

Calzados los pies con el equipo de las buenas nuevas de la paz. Los soldados romanos necesitaban zapatos adecuados o sandalias resistentes, ya que no era raro que en las campañas caminaran 30 kilómetros diarios cargados con unos 30 kilos de armadura y equipo. Pablo usó acertadamente el calzado para representar nuestra disposición a transmitir el mensaje del Reino a todo el que escuche. Esto es muy importante, pues ¿cómo podrían otros conocer a Jehová si nosotros no estuviéramos siempre listos para predicar? (Romanos 10:13-15.) **w04 15/9 páas. 15-20**